

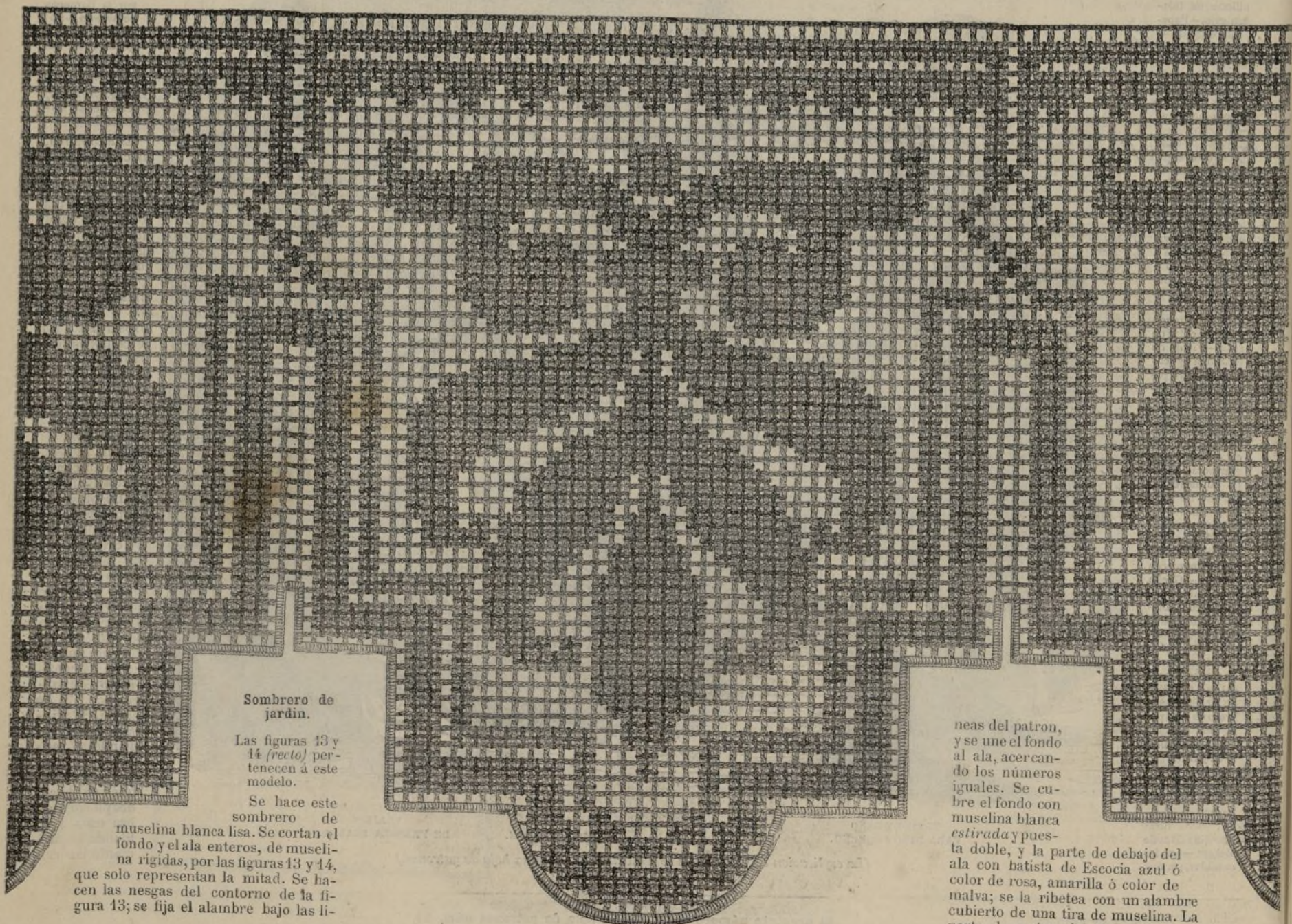
ces sobre los puntos. Se pone el volante plegado, se guarnece del mismo modo la *catalana*, y se la cose sobre la capelina, siguiendo la línea lisa de la fig. 15 y fijando la *catalana* sobre el delantero y sobre los costados únicamente.

LAMBREQUIN DE

ENCAJE INGLÉS.

Sombrero de paja para niña de siete á nueve años.

Se hace de paja de arroz color crudo. Lazo con largas caídas de cinta de terciopelo negro, flotando por detrás. Corona de margaritas.



Sombrero de jardín.

Las figuras 13 y 14 (*recto*) pertenecen á este modelo.

Se hace este sombrero de muselina blanca lisa. Se cortan el fondo y el ala enteros, de muselina rígida, por las figuras 13 y 14, que solo representan la mitad. Se hacen las nesgas del contorno de la figura 13; se fija el alambre bajo las li-

neas del patron, y se une el fondo al ala, acercando los números iguales. Se cubre el fondo con muselina blanca *estirada* y puesta doble, y la parte de debajo del ala con batista de Escocia azul ó color de rosa, amarilla ó color de malva; se la ribetea con un alambre cubierto de una tira de muselina. La parte de encima del ala va cubierta

LAMBREQUIN PARA CESTO DE ROPA BLANCA (*crochet*).

con bullones de muselina blanca, cortados al sesgo y fruncidos de modo que forme una cabeza de un centímetro sobre uno de sus lados largos. Cada una de estas cabezas cubre la costura del bullon precedente. Debajo del contorno del ala se fija un rizado estrecho de muselina, y luego se pliega este ala por delante y por detrás (véase el dibujo). Una banda de muselina blanca rodea el ala, se anuda en el costado y se enrolla alrededor del cuello por el único lado largo de esta banda.

#### Lambrequin de encaje inglés.

Se utilizará este dibujo para paño de altar, cenefa de cortinas, cubre-piés, etcétera. Las florecillas van bordadas sobre muselina al plumetis y después recortadas y aplicadas sobre encaje inglés.

#### Lambrequin para cesto de ropa blanca (crochet.)

El fondo está hecho enteramente al crochet cuadrado, bridas y mallas al aire. Se festonea el contorno de los dientes.

Para paño de altar, cortinas, etc. Se hará este lambrquin de hilo blanco; se le bordará con hilo blanco.



TRAJE CON CINTURON DE LIENZO MEXICANO.

TRAJE CON CINTURON DE CRESPO.

TRAJE CON CINTURON DE TAFETAN GRIS.



CINTURON CON ALDETAS DE CRESPO.



CINTURON CON ALDETAS DE LIENZO MEXICANO.



CINTURON CON ALDETAS DE TAFETAN GRIS.

#### SECRETOS DEL HOGAR DOMÉSTICO.

NOVELA INGLESA DE M. ELLIS, ARREGLADA AL CASTELLANO

por la

SRA. D.<sup>a</sup> FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(CONCLUSION.)

—Yo quisiera, Leonor, estaros siempre oyendo; cuando habláis, los obstáculos desaparecen, todo se torna dulce y fácil, ensanchándose mi corazón á medida del vuestro... pero si os alejáis, vuelvo á mis tristes pensamientos, á los recuerdos amargos del pasado, pareciéndome todo rudo y difícil. ¡Ah! vos sois superior á mí; yo he sido la debilidad, vos la fuerza; he sido cobarde, vos valerosa; yo bajo, vos elevada; yo me arrastré en el fango y me habeis sostenido en el fondo ayudándome á salir, sin despreciarme como merecía... ¡No habeis temido mancharos con el lodo que me cubría, y me habeis respetado enseñando á mis hijos á respetarme y á querer al que solo merecía la indignación

(Las esplicaciones de las figuras de esta página se hallan en la hoja de patrones que acompaña al presente número).



PAPELERA COLGADA.

y el odio de todos los corazones honrados! ¡Sí, vos sois un ángel!

—No soy más que una mujer, dijo Leonor vivamente conmovida, soy lo que toda mujer debe ser; la más tierna, la más sincera amiga de su esposo.

—¡Esposa y madre!... exclamó Jorge; ¡desde hoy solamente sé lo que significan estas dos palabras! ¡Esposa y madre!... títulos sagrados dignos de la veneración de todos, dignos de la adoración del hombre!... ¡Leonor, yo os admiro, y lo que siento por vos es más grande que lo que se llama amor!... ¡Un día os amé con ese amor profano, porque érais joven y bella; hoy sobre ese sentimiento está una admiración infinita, una veneración profunda!... ¡Sois mi alma, mi conciencia!... y espero en vos como el hijo espera en su madre!... En la madre que lo es todo para él y hacia la cual corre para hallar consuelo en sus dolores!... á la que demanda sus alegrías y su felicidad!... ¡Yo haré todo cuanto vos queráis, Leonor; seré el preceptor de mis hijos; les guiaré en la vía que vos les traceis; mandad y obedezco!... yo que pretendí ser el amo, he sido el juguete miserable de las pasiones!... sedlo, pues, vos, y que vuestra ternura suavice para mí esa ruta erizada de espinas, pero sed indulgente si marchó inseguro todavía algún tiempo por la falta total de costumbre en mi nueva vida!...

Leonor, bañada en llanto, abrazó á su esposo.

XII.

LA MADRE.

Jorge ciertamente tenía necesidad de ser sostenido por Leonor en la nueva mar-

cha que emprendía: sus hijos habían crecido lejos de él, y aunque bajo el mismo techo, no se había interesado nunca por su progreso, ignorando la lentitud con que aprenden los niños y el trabajo constante, la paciencia y la perseverancia que es necesaria para desenvolver su alma y su inteligencia.

Federico no había sentido nunca el yugo paternal, y acostumbrado á la dulzura de su madre, se rebelaba á menudo con la severidad de su padre, siendo precisa á cada paso la intervención de Leonor, que reanimaba el valor de Jorge, acostumbrándole á la paciencia, y contenía por otro lado á Federico, que murmuraba de una exigencia tiránica, según decía indignado.

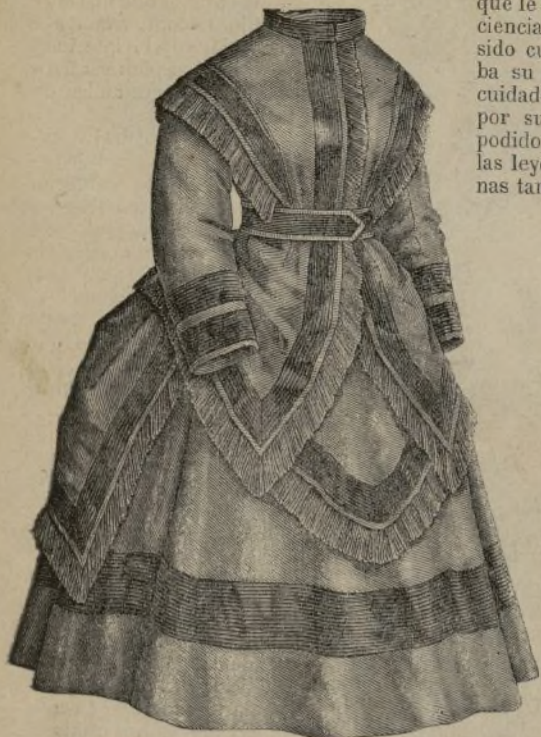
Richard, el joven vicario, era un gran socorro, pues sus reprensiones, llenas de justicia, exhortaban al hijo para que se sometiese á su padre; escitaba su celo y su amor al estudio con lecciones asiduas en materias nuevas y agradables, para estimularle, porque á los estudios serios se resistía con todas sus fuerzas.

Hasta entonces Jorge había mirado con repugnancia al joven vicario, teniendo origen esta pre-

vencion en el sentimiento de su inferioridad, como hombre degradado por una vergonzosa pasión y en el temor de que Richard, á título de ministro del Señor, quisiera ejercer en la casa una supremacía que le humillase. Su conciencia le decía que había sido culpable, y redoblaba su culpa evitando con cuidado al hombre que por su carácter hubiera podido hablarle alto de las leyes divinas y humanas tan vergonzosamente violadas por él. Aunque en el camino ya de un sincero arrepentimiento, no dejaba de sentir aquella repul-

ge, era prohibir en la casa todo género de licores, rehusando siempre las invitaciones de los amigos. Pero su cuidado mismo en huir las ocasiones le recordaba sin cesar aquel medio de sus- traerse á sus negros humores, al desaliento que le aco- bardaba en su si- tuacion precaria, costándole mucho trabajo elevar su espíritu abatido y debilitado por los excesos de su lar- ga carrera de desór- den.

Leonor adivinaba sol pensa-



TRAJE PARA NIÑA DE DIEZ Á DOCE AÑOS (delantero).



CAPELINA DE VERANO PARA JOVENCITA DE DOCE Á CATORCE AÑOS.



TRAJE PARA NIÑA DE DIEZ Á DOCE AÑOS (espalda).



TRAJE PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.

sion que sostenia su amor propio, sin embargo de que procuraba mirar al jóven vicario como al esposo fu- turo de su hija.

Los años pasaron así; no hubo más excesos en el pa- dre de familia, que habia olvidado por largo tiempo sus deberes; pero tampoco reinó en la casa una dicha comple- ta. Como Jorge tenia dicho á su mujer estaba eri- zado de es- pinas el nuevo ca- mino que emprendia resintién- dose su ca- rácter de la incesante lucha que tenia que sostener para librar



TRAJE DE PERCAL BLANCO CON MOTTAS DE COLOR DE LILA PARA NIÑA DE OCHO Á DIEZ AÑOS.

mientos de su marido y le ayudaba á triunfar en aque- lla lucha espantosa, procu- rándole las distracciones que era posible en aquel peque- ño pueblo. Asistia á las lec- ciones que daba á Federico, porque á veces estas leccio- nes eran causa de que se ir- ritase, por no hallar en su hijo las facultades intelectu- ales que él mismo habia poseido.

La idea de sepa- rarse de su primogéni- to afligió largo tiem- po á Leo- nor; pero compren- dió al fin que era necesario, como úni- co medio de evitar entre el



TRAJE DE CHAGONADA LISTADO PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.



PALETÓ DE CHAGONADA LISTADO PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.



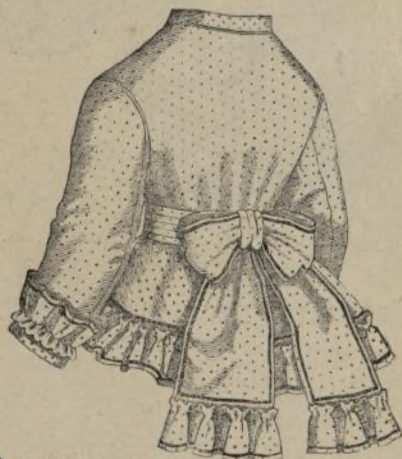
ESCLAVINA DEL TRAJE PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.

se de un vicio tan profundamen- te arraigado. A fin de cortar por lo sano, el único medio de cura- cion, segun la espresion de Jor-



TRAJE PARA JOVENCITA DE DOCE Á CATORCE AÑOS.

(La explicacion de las figuras de esta página se halla en la hoja de patrones).



PALETÓ DE PERCAL BLANCO CON MOTTAS PARA NIÑA DE OCHO Á DIEZ AÑOS.

padre y el hijo una de esas anti- patias monstruosas que turbán á menudo la paz de las familias, resignándose á esta dura necesi- dad. El momento de la partida llegó con gran contento de Fede- rico. No estaba todavía en edad de sentir lo que vale la ternura de una madre, pensando solo en sus- traerse á la severidad de su pa- dre. En cuanto á Jorge, habia de- seado alguna vez este momento;



LA MODA ELICANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas 12 pral

MADRID

Ayuntamiento de Madrid





CUELLO CON PETO.



CUELLO CON CINTA DE COLOR DE ROSA.



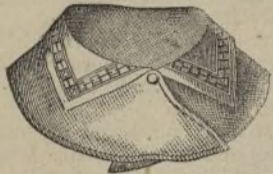
FICHÚ DE MUSELINA Y ENCAJE.



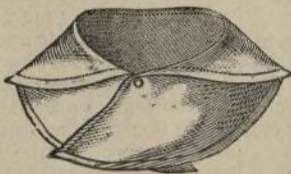
CUELLO PARA CORPIÑO ABIERTO.



CUELLO AL SESGO DE MUSELINA.



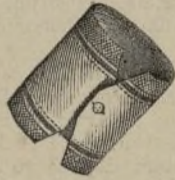
CUELLO DE LIENZO Y TIRA DE PERCAL.



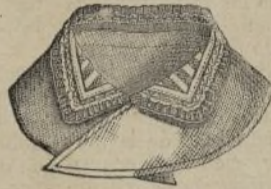
CUELLO A LA MARINERA.



PUÑO DE ENTREDÓS.



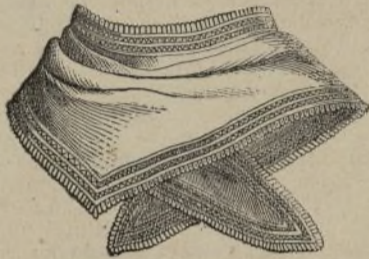
PUÑO DE LIENZO.



CUELLO DE ENTREDÓS.



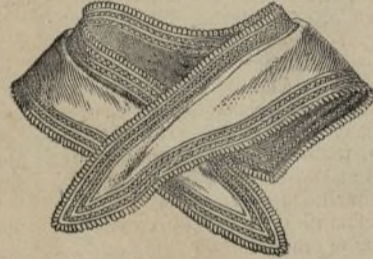
CUELLO DE LIENZO Y MUSELINA.

CUELLO DE LIENZO  
CON SOLAPAS.

CUELLO DE MAÑANA (espalda.)



CUELLOS CON SOLAPAS DE MUSELINA Y ENCAJE.



CUELLO DE MAÑANA (delantero.)

RIZADO PARA  
CORPIÑO ABIERTO.

(Las explicaciones de todos estos cuellos y puños se hallan en la hoja de patrones.)

CUELLO DE  
LIENZO Y PERCAL.

pero la idea de los peligros que iba á correr su hijo entregado á si mismo en una edad tan tierna, alarmaron su amor paternal, y despues de algunas vacilaciones, hizo lo que Leonor no se atrevió á pedirle; escribir á su cuñado y al doctor Wert, para recomendarles á Federico.

—Hijo mío, le dijo, poniendo las dos cartas en su mano, vais á veros solo, en medio de las seducciones y los placeres, pensad que si os dejais arrastrar por el vicio, son muy amargas sus consecuencias. Entregaos con afán al trabajo; él solo da la paz del corazon y hace feliz al hombre honrado. En la juventud se labra la criatura su felicidad ó su desgracia para toda la vida. Ahora partid, y cuidad de grangearos la estimacion de vuestro tío, que os va á proporcionar generosamente una bella carrera.

El jóven vicario, que iba á la ciudad para un negocio suyo, se encargó de conducir á Federico á casa de su tío y de recomendarle en nombre de Leonor, que habia dirigido á su hermano una carta como la dicta solo el corazon de una madre.

Al ver á Jorge consolarse fácilmente por la partida de su hijo, Leonor sintió una pena grande; jamaba tanto á aquel niño!... y sin embargo, él no habia hecho nada para conquistarse el amor de su padre. Federico era el primogénito; pero su carácter no fué dirigido desde la cuna por la mano paternal, y á pesar de todas las precauciones tomadas por Leonor, habia adivinado con las instigaciones de algunas personas malignas del pueblo cuál habia sido la enfermedad de su padre, alterándose con este motivo la veneracion que le profesaba. No sucedia lo mismo con Enrique: atraídos uno y otro por esos dulces lazos que forma

la intimidad y el cariño, se amaban con delirio, no pudiendo ya vivir el uno sin el otro. Este gracioso niño habia sido el primero en demostrar á su padre un afecto tiernísimo, en el momento mismo en que este padre á la vez tan culpable y tan desgraciado se creia odiado por sus hijos, acostumbrándose insensiblemente á sus caricias y á su compañía; pues con frecuencia pasaba largas horas en su gabinete, hablándole con esa confianza, ese abandono infantil que hacen á los niños tan atractivos. En una palabra, Enrique era el favorito de Jorge, como lo habia sido siempre de toda la familia, y no podia verse un niño más bello, ni que anunciase más felices disposiciones: amable, alegre, y con un amor al trabajo y al estudio extraordinario en su edad. Era preciso impedir que el orgullo no desvirtuase tan preciosas cualidades, y Leonor se prometió velar y cultivar cuidadosamente su inocente corazon en tanto que Jorge trabajaba para desarrollar su inteligencia.

La muerte del buen doctor Wert sumió á los dos esposos en una afliccion profunda. Ya esperaban este golpe; pero es tan pequeño el número de verdaderos amigos, que su pérdida, aunque prevista, no es menos dolorosa. Poco tiempo despues mistress Boud sucumbió tambien, quedándose Leonor sumida en honda tristeza, pues amaba de corazon á su madre, aun cuando no habia sido para ella lo que debió ser y lo que la misma Leonor era para sus hijos. Respetó con veneracion su memoria, aunque pensó interiormente que debió velar con más cuidado en la eleccion de esposo para sus hijas. Sabia ya por experiencia la responsabilidad de la madre en estos asuntos, en que es preciso centuplicar el cuidado



CAPELINA DE JARDIN.

SOMERERO DE PAJA PARA NIÑA DE 7 Á 9 AÑOS.

SOMERERO DE JARDIN.

con las hijas, que, ciegas por el amor, no reparan en un defecto ó en un vicio, que amenaza no solamente su dicha, sino la de su familia, y el porvenir de todos.

Ya por fin reinaba una paz inalterable y completa en casa del doctor Stanley; él mismo confió á su cuñado Juan los negocios de la particion, con motivo del fallecimiento de mistress Boud, mandándole que colocase á su antojo los fondos que resultasen á su favor. El aumento no fué grande; pero ya Jorge, bien reputado en el país, ganaba mucho, y el trabajo de Leonor y de sus hijas, que no quisieron abandonar, aumentado con el de algunas muchachas pobres que recibieron como aprendizas, contribuía á establecer un bienestar cómodo y holgado en aquella casa donde reinaba la más estricta economía. Ya no había cuentas que pagar, ni deudas que extinguir, teniendo Jorge un buen caballo para recorrer los alrededores, lo que aumentaba sin duda la consideración en que le tenían sus vecinos, viendo cada año aumentar considerablemente su clientela.

El día en que Richard pidió la mano de María, tuvieron una viva satisfacción; tenía ya la jóven diez y ocho años, y el jóven vicario había sido nombrado párroco de un curato allí próximo. Él hubiera podido hacer mejor boda en cuanto á intereses; pero había visto crecer á María bajo la dirección de su virtuosa madre, formarse en la adversidad y aprender desde la cuna que la misión de la mujer aquí abajo es toda sacrificio y abnegación de sí misma, de sumisión á los decretos de la Providencia, de dulzura y de resignación... Así no dudó en hacer dichosa á la que podía hacerle feliz.

—Mi hija es vuestra si os ama, respondió Jorge con las lágrimas en los ojos, su madre y yo hace tiempo que os habíamos elegido para ella; si María os acepta, os confiamos con el júbilo más grande, con la tranquilidad más entera, el cuidado de su dicha.

María le amaba; había sido su maestro, al mismo tiempo que de Federico, enseñándole á adorar á Dios, rindiéndole el culto más digno de su bondad con la práctica constante de la piedad y de las buenas obras. No tardaron mucho tiempo en unirse, teniendo con este motivo una fiesta de familia, á la cual asistió Federico.

Jorge era dichoso; reconciliado al fin consigo mismo, comprendió todo lo que había de puro y santo en el amor de sus hijos, viendo crecer el amor que les tenía.

Pronto se casaría también Isabel y los dos chicos; pues ya nadie tenía enlazarse con la familia del doctor Stanley, ni se avergonzaba de pertenecer á ella. Estos pensamientos le hicieron más afectuoso con Federico, que á su vez agradeció y correspondió al afecto que le demostraba su padre.

La pobre Leonor, aunque contenta por haber colocado tan bien á su hija, sintió amargos dolores y derramó muchas lágrimas ante la necesidad de separarse de ella. Nunca se habían separado, y tenía que serles penosa la separación, pues aunque se vieran á menudo, no sería como antes, todos los días y á cada instante; María embarazada por una afección más poderosa podría consolarse pronto, no así Leonor que sentiría en su soledad más vivos sus dolores, costándole infinitos desvelos y amarguras el consolarle de no ser el primer objeto de las atenciones de su hija, cuyo inocente y tierno corazón estaba embargado por completo con el amor de su marido.

¡Inexorable ley de la naturaleza!... que obliga á las criaturas á olvidar, ó mitigar por lo menos las puras afecciones de toda la vida, por un afecto nuevo, repentino y desconocido á veces, entregándose á él con toda el alma.

—¡Yo soy injusta con mi hija!... se decía Leonor; injusta con el cielo, pues me quejo de lo que no podía menos de suceder. ¡María hace lo que hice yo misma; dejé á mis padres por seguir á mi marido!... ¡ah! una voz secreta la decía: «mi madre no ha sido para mí lo que yo he sido para María.»

La existencia de la mujer se compone de sacrificios continuos en todo cuanto nos rodea.

Llegó también el momento de separarse de Enrique; las disposiciones extraordinarias de este niño merecían ser cuidadosamente cultivadas, y su padre con la esperanza de que no se extinguiera con él el nombre del doctor Stanley, decidió ponerle en una pensión hasta el momento en que pudiera ser discípulo del jóven doctor Wert, dedicándole á la medicina. Se extasiaba ante la idea de dar á sus hijos una educación brillante, y de dejar á su favorito un nombre célebre y una bella y numerosa clientela, sintiendo con estas ideas que se despertaban en su corazón, remordimientos dolorosos por su conducta pasada. Sus hijos podían haber crecido en la casa paterna, prosperando entorno suyo, como prosperan y crecen los retoños de un árbol vigoroso... y por su mala conducta se vió obligado á vegetar en un pueblo pequeño, reduciendo á su mujer á las privaciones y á vivir del trabajo de sus manos; teniendo que vivir lejos de sus hijos, confiándolos á la bondad de un pariente de su madre y de algunos amigos, hallándose á la vejez sin fortuna y sin medios para dotar á sus hijas y que hubieran hecho brillantes casamientos. Y podía considerarse dichoso, con la boda de María; acaso no pudiera proporcionar otra tan buena para Isabel.

Tales pensamientos perseguían sin cesar al desgraciado Jorge, después de la partida de Enrique, tornándose su humor más y más sombrío, y asaltándole alguna vez la idea de recurrir á la fuente impura donde tantas veces había olvidado sus remordimientos y sus penas. El hubiera querido entregar á su hijo un nombre ilustre limpio de toda mancha, embargándole una amarga tristeza por su pasado y sintiéndose sucumbir bajo el horrible peso de su arrepentimiento.

Leonor era siempre su ángel bueno, ella le consolaba, haciéndole apartar la vista del pasado que se presentaba negro y sombrío, para fijarla en el porvenir risueño y brillante.

Otra dura prueba les estaba reservada.

Isabel llegó á esa edad en que las jóvenes no dejan de pensar en el matrimonio; hizo conocimiento en casa de su hermana con un jóven de la vecindad, muy rico y guapo; la mostró un gran cariño, y ella, naturalmente confiada y sencilla, no tardó en amarle, encontrándose frecuentemente en casa de su cuñado, donde ya nadie dudaba de la clase de afecto que la unía á Arturo Kennedy.

Una noche, durante las vacaciones, Enrique y Federico, que habían ido á pasarlas con sus padres, estaban reunidos en el gabinete de Jorge con Richard y su mujer, que formaban, por decirlo así, parte de la familia. Enrique, que tenía ya diez y seis años, empezó alegremente á dar bromas á su hermana, sobre la pasión que había inspirado á Kennedy, y de la que se hablaba en veinte leguas á la redonda.

Todo el mundo se miró.

Isabel, visiblemente turbada, quiso variar de conversación; pero Enrique insistió, y fué preciso explicarse, confesando al fin que el amor de Arturo era admitido y participado.

—¡Desgraciada niña!... exclamó Jorge que había escuchado hasta entonces en silencio; ¿pero no sabéis cuál es la reputación de Arturo?

—Lo sé, respondió Isabel resueltamente; y sé también que son calumnias; Arturo me ha hablado y me ha dicho de qué se le acusa.

—¡Calumnias!... no, hija mía, no son calumnias. Arturo es muy aficionado á divertirse.

—Como todos los jóvenes, padre mío, y eso no es un crimen.

—Pero es aficionado á beber, desgraciada niña, ¿no lo sabéis?

Leonor retuvo un grito de dolor y se cubrió el rostro con el pañuelo.

—¡Isabel, en nombre del cielo, renuncia á ese funesto amor, exclamó Jorge; un padre os lo suplica y os lo pide de rodillas!...

—¡Padre mío!... ¿qué haceis?... exclamaron Federico y María, reteniendo á Jorge que se había lanzado de su sillón queriendo humillarse delante de su hija.

Isabel, apoyada en el hombro de Enrique, lloraba mientras que Richard, de pie detrás del sillón de Jorge permanecía inmóvil y silencioso. Las jóvenes aprendizas se habían levantado también, y espantadas de esta escena inesperada contemplaban con angustia el rostro de Jorge que expresaba un vivo dolor.

—¡Si, repetía, juntando las manos; un padre os lo suplica; un padre os manda que no echéis sobre vuestra cabeza los afrentosos pesares que ha sufrido vuestra madre!... ¡Un padre os pide que no os sacrificéis á esa desgracia!... echándola además sobre los hijos que pueden nacer de esta unión, y creándoles el más triste porvenir!... Isabel, ¿no habéis visto las lágrimas que ha vertido vuestra madre, durante tantos años?

—¡Jorge!... ¡Jorge! exclamó Leonor bañada en llanto y tapándole la boca con las manos.

—¡Dejadme, dejadme, exclamó Jorge rechazándola bruscamente; debo decir á esta niña cuál es la suerte hacia la cual se precipita: es preciso que sepa que su padre también era aficionado á beber y á divertirse, y que este padre, por su conducta, os ha precipitado en la desesperación y en la miseria!... ¡Es preciso hacerla saber que este padre había jurado en el altar amores y protegeros, haceros dichosa, y os ha sacrificado á la más vergonzosa de las pasiones!... ¡Es preciso que se convenza de que el amor mismo no ha podido detenerle, y ha dejado correr los años entregado á los más culpables escesos, y si ella y sus hermanos y su hermana han tenido pan se lo deben á un ángel lleno de abnegación que vivió mártir, siendo para ella un tormento cada día de la vida. Un ángel que amaba al que no supo estimarla, y que Dios en su misericordia ha dejado sobre la tierra para salvarme de la eterna condenación!...

Anonadado por la violencia del sentimiento que experimentaba Jorge, cayó sobre su sillón pálido y sin voz. Su mujer y sus hijos sollozaban arrodillados en torno suyo.

Enrique, desolado de haber provocado esta explicación, abrazó á Isabel pidiéndola perdón en voz baja; pero ésta, abismada en un amargo dolor, no se hallaba en estado de responderle.

—Levantaos, Leonor, dijo Jorge haciendo un esfuerzo; no sois vos, soy yo, quien debe humillarse delante de vos y de vuestros hijos, que os lo deben todo; yo no prohibo nada á Isabel, no tengo derecho; pero vos, Leonor, vos que sabéis el infortunio sin límites que llevan á su mujer los vicios de un esposo, la deshonra que arroja sobre su frente y la ruina en que envuelve á su familia, prohibid á vuestra hija casarse con Arturo Kennedy, y que no nos haga morir de angustia y de dolor al pensar en su suerte futura. Decidla cuántos años han pasado sin haberme visto limpio del fango con que me cubrieron mis vicios, y que vea la alteración que han impreso en mi carácter y en mi salud, los culpables escesos que hicieron vuestra vida tan amarga. Si, Leonor, decidse todo; el deber que os impongo es cruel, pero se trata de la dicha de nuestra hija, de arrancarla á la espantosa suerte que la espera; decidse todo y que se mire en vuestro espejo. Ahora, dejadme todos, estoy fatigado y necesito estar solo; id, hijos míos, y rodead á vuestra madre, escuchadla contar sus desgracias; ella me escusará, lo sé, porque su alma está llena de indulgencia y de ternura para mí; pero yo se lo diré todo á esta desgraciada niña; ha llegado el momento de romper el velo que vuestra madre ha colocado sobre vuestros ojos, por conservarme un respeto que no merezco.

Los días que siguieron á esta escena fueron dolorosos, terminándose tristemente las vacaciones. Isabel escuchaba sin responder las advertencias de su madre, las humillan-

tes confesiones de su padre, sin dar á conocer los sentimientos que uno y otro hacían nacer en ella; pero cuando se empezó á hacer preparativos para el viaje de los dos hermanos, declaró que deseaba aceptar la invitación que la había hecho la mujer de su tío Juan de ir á pasar una temporada con ella en la ciudad.

Leonor la abrazó en silencio; ella, que había amado tanto, adivinó los torturas que debía sufrir la pobre niña, agradeciéndola su sacrificio, que al fin redundaría en beneficio suyo. Isabel partió con sus hermanos, y Jorge y Leonor se hallaron solos.

Más que nunca Leonor ocultaba sus pesares; más que nunca estaba Jorge taciturno y sombrío. Ambos temían que Arturo persiguiese á Isabel, hasta el lugar donde se había refugiado huyendo de su amor, y que no pudiera la pobre niña resistir su pasión. Este dolor era amargo y continuado para sus padres.

Un año después Arturo Kennedy se había casado con otra, y dos más tarde, mistress Wert, de edad ya de ochenta y cuatro años, escribía á Leonor. «Mi hijo está enamorado de Isabel; ¿queréis dársela por esposa?»

Este era un matrimonio razonable bajo todos conceptos; Isabel le aceptó con gusto, y más todavía porque su fortuna la permitía llevarse á sus padres. Jorge deseaba hacia mucho tiempo presenciar los estudios de Enrique y enseñarle por sí mismo su bella profesión. Leonor lo sabía, pero la era penoso alejarse del país donde habitaba María y donde había conseguido la rehabilitación de su marido; Richard y Federico les instaban para que aceptasen sus ofrecimientos, empeñándose en que su padre no trabajase más, retirándose á descansar en los últimos años que le quedaban de vida. Al fin se resignaron y volvieron á la ciudad, treinta años después de haberla abandonado. Su única dicha era la dicha de sus hijos, y todos prosperaban y eran felices, rodeados de respeto y de ternura y disputándose á porfía el placer de llenar su vejez de comodidades y atenciones. Jorge, viéndose objeto de tanto amor, de tantos cuidados y de tan tierna solicitud, empezó á olvidarse de las desgracias causadas por su conducta, pasando con tranquilidad sus últimos años.

Leonor no tuvo el dolor de sobrevivir al que tanto había amado; Dios la llamó la primera á dar cuenta de la vida que la fué concedida y de la misión que había tenido que cumplir como esposa y como madre. Ella durmió apaciblemente su último y eterno sueño, en los brazos de su desolado esposo, en medio de sus hijos y de sus nietos, siendo un himno de alabanza á Dios sus postreros acentos, agradeciendo al Supremo Hacedor que hubiese librado á sus hijas de las terribles penas que á ella la agobiaron durante tantos años; entregando por fin su espíritu en brazos del Señor, que es la alegría del fuerte, el sosten del débil y el amparo de los afligidos.

## LAS INCASABLES.

(APUNTES PARA UN LIBRO.)

Si el autor no tuviera el *feo vicio de escribir comedias*, que así llama un amigo suyo á la profesión de poeta dramático, el presente artículo se titularía *Las muchachas que no se casan sin saber por qué*.

Pero el escritor dramático tiene una propensión invencible á sintetizar y una gran predilección por los títulos breves y sonoros, llamados en el *caló* de bastidores *títulos de cartel*, y sin duda por esto ha encabezado los presentes párrafos con el epígrafe *Las incasables*.

Antes de entrar en materia séale permitido contar un cuento.

Revolviendo un empleado los papeles que su jefe tenía sobre la mesa, encontró un documento encabezado con estas palabras: *Lista de las personas que me son antipáticas sin saber por qué*.

Leyó aquella curiosa lista y vió con satisfacción que su nombre no figuraba en ella. En la primera ocasión oportuna habló del caso al jefe, y le manifestó su alegría por no ser uno de los que le desagradaban; pero ¿cuál no sería su asombro cuando el personaje en cuestión le dijo:

—Es que á usted le tengo en la lista de los que me son antipáticos sabiendo por qué.

Otro tanto puede decirse á las muchachas que siendo incasables no se vean retratadas en este artículo.

Las que no se casan y se sabe *por qué no se casan* no merecen que nos ocupemos de ellas, pues lo raro sería que se casaran, y solo entonces debían ser objeto de estudio.

Pero hay en la sociedad muchas que siendo bonitas, buenas, bien educadas, y no teniendo vocación de monjas, no encuentran quien las saque de penas, ni por un ojo de la cara. De estas, de las que no tienen defecto ni tacha de mayor cuantía, en una palabra, de las que no se casan sin saber por qué, vamos hoy á ocuparnos.

Y lo hacemos convencidos de que no hay efecto sin causa, seguros de que *por algo* se quedan solteras las muchachas que *sin saber por qué* dejan de casarse.

Figuran en primer término las que tienen mucha gana de tomar estado.

Hágase desaparecer por un momento su inmoderado afán de matrimonio, y tal vez sea bastante para que encuentren marido.

Desechen el temor de perder el tiempo y tendrán grandes probabilidades de aprovecharlo.

No muestren tanta impaciencia por salir de la hostelería del celibato y les será más fácil alojarse en el alcázar del matrimonio.

Pero desgraciadamente las que más miedo tienen á

vestir imágenes son las que suelen quedarse para vestirlas.

Porque ¿qué hombre de mediano juicio es capaz de casarse con una mujer que ha hecho el amor á todo el mundo?

Y esto es bastante más común de lo que á primera vista puede creerse.

Hay no pocas muchachas que no perdonan ocasion de lucir sus encantos y que en cuanto un prógimo las dice una galantería ó las invita á bailar un par de veces ya creen que no hay más que ir inmediatamente á la Vicaría, y hacer que el primer cura que encuentren en la calle les lea la epístola de San Pablo.

No hay miedo de que hagan un desaire á ninguno que las hable de amor, aunque sea del modo más indirecto; logran tener un novio y la madre lo espanta á los cuatro días con el consabido: «¿qué piensa V., Fulano?» ó la niña le deja con un palmo de narices por hacer caso á otro de quien supone que se ha de casar más pronto y que tal vez ni siquiera ha pensado en ella.

De este modo las muchachas que tienen gana de casarse reúnen en poco tiempo un formidable escuadron de caballeros más ó menos aspirantes á su mano, y mientras miran al uno, sonríen al otro, suspiran por éste ó cuchichean con aquel, ven desaparecer toda la falange, y un día el espejo ó la fé de bautismo les arrojan al rostro este aumentativo que suena en sus oídos como un insulto:

—¡Solterona!

Y no hay que confundir á estas muchachas con las coquetas.

La diferencia entre unas y otras es considerable.

La coqueta busca el amor por el deseo de ser amada, ó más bien de ser galanteada, y la que nos ocupa solo ve en él un camino que conduce al matrimonio.

En la primera el amor es un fin; en la segunda no es más que un medio: la una hace desgraciados á los que la aman; la otra no labra más que su propia desgracia; y para que la diferencia sea mayor, esta se queda generalmente soltera y aquella suele casarse con un pollo á quien su edad no permite *ver nada*, ó con un viejo á quien la suya pone en el caso de *pasar por todo*.

—¿Cómo no se casa Fulanita? Es buena muchacha, juiciosa, linda, elegante, sus trajes llaman la atención donde quiera que se presenta, su padre se halla en buena posición, pues aunque no es rico, tiene cincuenta mil reales de sueldo y coche que pagan los contribuyentes; todos los pollos se desviven por bailar con ella, y, sin embargo, no encuentra un partido. ¿Por qué no se casa Fulanita?

—Por eso—podría contestar cualquiera al que razonara de tal suerte, sin ver que cada una de sus afirmaciones era una respuesta categórica á la pregunta que hacia.

A pesar de su hermosura y su bondad, esa muchacha, por su posición y sus costumbres, se halla condenada á doncellez perpétua, á menos que tenga la suerte de que se enamore de ella un banquero, gente de suyo poco impresionable, ó un grande de España, lo cual es difícil, porque estos señores cuando para buscar esposa no trepan por las nobilísimas ramas de un árbol genealógico, suelen bajar á buscarla al salón de descanso de un cuerpo de baile, ó á otro lugar aun más democrático.

Y ¿quién es el guapo que sin ser banquero ú opulento propietario se casa con una mujer acostumbrada á brillar en todas partes y á quien su familia dará el día de su boda un sin número de vestidos, pero que en resumidas cuentas no tiene una peseta?

Porque el padre, mientras viva, todo lo que podrá hacer es pasearla en el coche del Estado, lo cual contribuirá á que le sea más sensible andar á pié el día que tenga que apelar á ese sistema de locomoción, no tan agradable como higiénico, y regalarle un vestido el día de su santo; pero cuando el papá pase á mejor vida no dejará á su hija más que en el mundo, y lo que sentirá el marido es que la deje mil necesidades sin haber tenido la precaución de dejar con qué satisfacerlas.

Y aunque la chica sea un ángel—que no abundan mucho en este valle de lágrimas—y se resigna con gusto á privarse de algunas comodidades y á moderar su lujo y caprichos, el marido no puede menos de sentirse humillado si ve que al casarse ha tenido que renunciar su esposa á algo de lo que antes disfrutaba.

Si la muchacha no es un ángel, al variar de vida, al perder los gozos de la adulación y de la lisonja, al respirar otro aire, se convierte necesariamente en un demonio, y en lugar de ver en su marido al hombre que la ama, que la ha dado su honor y su nombre, que la consagra todos sus desvelos, todos sus pensamientos, vé en él al autor de lo que llama su desgracia, y lo es en verdad, y entonces más le valía al infeliz haberse pegado un tiro, que haber tenido la ocurrencia de ir al altar con una muchacha linda, virtuosa y elegante, pero dueña solo de su persona. Hé aquí explicado por qué no se casa Fulanita.

Otro tipo pugna por tomar puesto en nuestra galería, y en verdad que merece tenerlo muy preferente.

Parece imposible que saber una cosa que es verdad sea un obstáculo para casarse.

Y sin embargo, lo es y muchas veces invencible.

La muchacha que *sabe que es bonita*, corre gran peligro de no encontrar ninguno que quiera ser dueño de su belleza.

Y la cosa no es tan absurda como á primera vista parece. A nadie disgusta casarse con una mujer bonita, y aun se puede asegurar que no hay quien en principio tenga el propósito de amar á una fea.

Pero difícilmente podrá inspirar amor, y aun más difícilmente deseo de casarse, la mujer que hace profesión de

su belleza, que es lo que por desgracia suele suceder á la que sabe que la tiene.

Esta clase de mujeres son muy agradables en los salones, cuyo más hermoso adorno constituyen, pero no hay quien las soporte dentro de casa.

Casarse con una de ellas equivale á convertirse en guardián y conservador perpétuo de un bello cuadro.

Estas mujeres no pertenecen nunca por completo á su marido, ni siquiera á sí mismas, porque son esclavas de su belleza, á la cual sacrifican su conveniencia, sus afecciones y hasta su salud no pocas veces.

Su razón de ser es su belleza, y en conservarla se ocupan exclusivamente.

Algunas, ni siquiera necesitan ostentarla ante el mundo; viviendo en perpétua adoración de sí mismas, les basta con que el espejo les diga que no desmerecen.

¿Y quién se une para toda la vida con una muchacha que le negará una caricia por no descomponer el artístico trabajo de su peinado, que mirará la maternidad como una desgracia por lo que perjudica á la belleza plástica, y que no se atreverá á pasar una noche al lado de la cuna de su hijo por no tener ojeras al día siguiente?

Nadie: y cuenta que no queremos hacernos cargo de otros inconvenientes mucho más graves que suele tener esa adoración de la propia hermosura, en atención á que hoy solo nos ocupamos de las muchachas que no se casan *sin saber por qué*.

Si quisiéramos hacer mención de otra clase de peligros, podríamos recordar la confesión de aquella marquesa vieja que, hallándose moribunda, decía á su confesor estas palabras tan lacónicas como espresivas:

—«He sido hermosa, me lo han dicho y lo he creído... conque saque usted la consecuencia.»

No; las muchachas á que nos referimos no tienen más defecto que su belleza, ó por mejor decir, su defecto consiste en saber que son bellas.

Hay muchas que por eso no se casan, y que si á consecuencia de una enfermedad perdieran algunos de sus encantos, cuando se convencieran de que los habían perdido, no tardarían en casarse y en ser excelentes madres de familia.

Un matemático, hombre de mucho talento, decía con frecuencia al autor de estos párrafos el siguiente aforismo: Lo mejor es enemigo de lo bueno.

Y tenía razón el matemático, y tal vez algunas solteronas no hubiesen llegado á serlo, si fueran amigas suyas.

Hay algunas que pasan la vida esperando un partido mejor y perdiendo la ocasión de aceptar los que se les presentan y no son más que buenos.

Y no es que no tengan gana de casarse, sino que desean casarse muy bien, y sin darse cuenta de ello, imitan la conducta de Bertoldo que no encontraba árbol á propósito para que le ahorcaran, ó la de los monárquicos españoles que ni pintado logran hallar rey que les convenga.

Pretende un militar á una de esas muchachas; ella le haría caso porque es buen mozo, honrado, simpático y le sienta muy bien el uniforme; pero como aun no son coroneles todos los oficiales de nuestro ejército, el pretendiente en cuestión no ha logrado pasar de comandante, y dos galones son poca cosa para la que conoce á muchos que llevan tres, y no cree difícil que alguno se decida por fin á hacerla coronela.

Un joven diputado la haría madrastra de la patria, de quien él es padre, y ella no vacilaría en dejarse querer, si no fuera porque el aspirante es más rico en simpatías en el cuerpo electoral, que en bienes de fortuna.

De buena gana se ufanaría con el glorioso nombre de un poeta laureado que gusta de ella, si Apolo hubiera dado á su hijo algo más que inspiración y sentimiento.

No da su mano á un rico propietario de la Mancha, porque es posible que aun la pretenda un título de Castilla y pierda la ocasión de casarse con un marqués, á pretexto de que el opulento descendiente de un abolengo ilustre no brilla por su ingenio en ninguna parte.

Y aguardando á que se presente un novio rico, elegante, guapo, título, hombre influyente y poeta laureado, acaba por conocer que ha pasado para ella el tiempo de los amores y tiene que dedicarse á rezar novenas, murmurar con sus vecinas y consagrar toda su ternura al cuidado de dos ó tres gatos y otros tantos perros.

Otros muchos tipos podíamos estudiar todavía, porque desgraciadamente el género abunda; pero este artículo va haciéndose demasiado largo, por lo cual decidimos acabarlo dejando para otra ocasión volver si es preciso á hablar de este asunto.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

#### Á PLÁCIDO.

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

¡Es inmenso tu dolor!

¡No hay consuelo para tí...

Plácido, también perdí

á la madre de mi amor.

¡La madre! ¡símbolo santo

del amor puro, infinito!

¡La madre! ¡cáliz bendito

que recoge nuestro llanto!

Llora, llora, caro amigo,

que tu pesar es profundo;

ya no tienes en el mundo

quien llóre y sufra contigo.

Ella te mecía en la cuna,  
te enseñó de Dios el nombre,  
y supo uncirte al ser hombre  
al carro de la fortuna.

Ella abrió tu alma al placer  
y te preparó al pesar;  
ella te enseñó á llorar;  
ella te enseñó á querer.

Tu madre buena sería,  
porque toda madre es buena...  
Puedo aquilatar tu pena  
por el valor de la mía.

Mucho debiste sufrir  
al saber tu desventura,  
y mayor fué tu amargura  
si no la viste morir.

Mi madre un beso me dió  
cuando los ojos abrí,  
¡y yo un beso no le di  
cuando los suyos cerró!

Presentir me lo hizo Dios  
y solo mi pensamiento  
en alas del sentimiento  
á darle el postrer adiós.

Ganó de mártir la palma,  
y sé, para mi consuelo,  
¡que ella me ve desde el cielo!  
¡y yo la llevo en el alma!

TEODORO GUERRERO.

#### Á CIERTA DAMA.

Quiero á una niña  
tan y tan bella,  
como las rosas  
que en primavera  
con dulce arrullo  
las auras besan.

Sus negros ojos,  
donde se albergan  
génios de amores,  
tienen promesas  
tan seductoras,  
tan halagüeñas,  
que amores siente  
quien los contempla.

Son sus cabellos  
de blondas hebras,  
negros, lustrosos,  
como la seda,  
que de algodones  
no tiene mezcla.

Son sus megillas  
lozanas, tersas,  
blancas y hermosas  
cual la azucena,  
cuando su cáliz  
á abrir comienza:  
en fin, es linda  
como una perla.

A tantas gracias  
une esta bella  
niña, otros dotes:  
es muy discreta.  
(¡Quizá ser tonta  
más le valiera!)

Mas como nunca  
hay en la tierra  
dicha cumplida,  
cosa perfecta,  
siempre esta niña  
fué muy coqueta.

¡Yo la idolatro!  
yo aborrecerla  
por su inconstancia,  
lector, quisiera;  
¡pero es tan lista!...  
¡pero es tan bella!...

A. DE SAN MARTÍN.

#### REVISTA DE MODAS.

París 3 de julio de 1870.

Difícil es ocupar el espacio de un artículo con las modas que se llevan en la actualidad: después de haber dicho que se usan trajes de color de lienzo crudo, de toda clase de tela y de diferentes matices, puede darse por agotada la materia.

Bien es verdad que en la presente estación hay tres modas distintas, que es preciso no confundir: la moda de la ciudad, la del campo y la de los baños. La moda de la ciudad, sobre todo en París, se distingue por su estremada sencillez; adoptanse principalmente las prendas que permiten pasar desapercibida, y que parecen combinadas para no producir efecto. Las telas de 3 reales la vara están á la orden del día, y ofrecen una especie de compensación de los costosos vestidos del invierno pasado.

La moda del campo tiene dos aspectos, que se diferencian según hayan de ostentarse en las lujosas quintas de recreo donde tienen lugar las brillantes reuniones, ó esconderse en una granja pintoresca, pero solitaria. En este último caso bastarán las simples batas de chaconada estampado, ó vestidos de percal ó de muselina blanca.

Mas no sucede así en esas quintas ó palacios de verano, donde se convidan á las señoras para disfrutar de la sencillez campestre. Allí se ven surgir á un tiempo los trajes históricos y los de carnaval, los vestidos guarnecidos con volantes de encaje de Brujes, que cuestan á 130 francos la vara, y los trajes modernos de orden compuesto. Una temporada de éstas, es decir, quince días pasados en una quinta algo elegante, equivale, como dispendio, á la totalidad de un invierno parisien muy costoso.

En los baños, el traje, menos lujoso que en las quintas, se permite, no obstante, efectos más charros, viéndose circular en amable confusión las marineras encarnadas, los paletós bordados de oro ó plata, los trajes guarnecidos de encaje y los que van orlados de galonés de un rojo oscuro. Lévese en los baños todo lo que se quiere, y, francamente hablando, en ciertas ocasiones hay demasiada libertad.

Los sombreros siguen presentando una variedad de formas tan extraordinaria, que no hay posibilidad de describirlos todos, pues cada día ofrecen un nuevo aspecto. Véanse los que me han parecido más lindos entre los que vi últimamente en casa de una de nuestras principales modistas:

Sombrero de paja fina de Friburgo, con ala levantada y *bavolet* inclinado: debajo del ala, encaje de Chantilly negro, y encima un ramo de reseda y hojas de caña. Collar con bandas, de encaje de Chantilly; vivos de terciopelo negro y paja.

Sombrero de paja de arroz, de platillo y ala vuelta; diadema de blanca blanca; ramo de flores de laurel blanco sonrosado con ramas largas, que caen sobre la castaña; collar de tul blanco con rulos de raso. Á la izquierda una banda fijada con un ramo de las mismas flores.

Sombrero redondo María Antonieta, con ala vuelta, y hecho con paja de arroz, color de lienzo crudo. El casco va rodeado de un torcido de tul azul con rulos de raso: el ala vuelta va guarnecida de un rizado y adornado de una rama larga de enredaderas azules. En el ala se pone un lazo de terciopelo negro y raso azul, con largas caídas.

Sombrero *Lamballe*, de paja fina de Friburgo, con casco bajo y *bavolet* ondeado. Debajo del ala, rizado de encaje de Chantilly, y sobre el ala un ramo de rosas. Collar y banda con ramo de rosas: delante y detrás, lazo de terciopelo negro.

Sombrero *Pamela*, de paja belga, con diadema levantada y cubierta de bullones de tul color de castaña. Lazo de terciopelo sobre el *bavolet*. En el ala se ponen flores de begonia, rizados de tul y vivos de paja. Collar de tul de color de castaña con vivos; lazo de terciopelo con ramo. No terminariamos nunca si quisiéramos reseñar todas las novedades de sombreros debidas al buen gusto de la modista de que nos venimos ocupando. Pasemos á otro establecimiento no menos bien surtido é importante.

Las señoras elegantes de todos los países que se hallan actualmente en París, no cesan de visitar los almacenes de la MALA DE LAS INDIAS. Sus espléndidos fulares acreditan de una manera incontestable el buen gusto y la inteligencia de los agentes de la compañía; pudiendo asegurarse que nunca hasta ahora había ésta llegado á reunir un surtido más variado y completo de aquellas preciosas telas. Desde Singapore á Betkennin, los agentes de la MALA DE LAS INDIAS (pasaje Verdeau, 24 y 26) han puesto á contribucion las manufacturas de *crepelina*, *armadura*, *tusor* y fulares lisos y rayados, cuyas muestras se envían francas de porte, por toda Europa, á las señoras que lo soliciten.

En punto á perfumería, seguiremos recomendando encarecidamente á las lectoras de LA MODA la casa de *Guerlain*, establecida en París, calle de la Paz, y cuya reputacion la coloca sin disputa sobre todas las demás casas de su género. Sus aguas de tocador, sus jabones, sus esquisitos perfumes, cuyo secreto ella sola posee, sus pomadas, sus aceites para el pelo, sus polvos y sus cremas, que devuelven á la tez toda la frescura primitiva, atraen á sus almacenes al mundo elegante, tanto de París como del extranjero.

Más los que deseen un cosmético eficaz é inofensivo para la tintura del cabello, deben dirigirse á Sarah Félix, propagadora del AGUA DE LAS HADAS. Esta agua, que tan bien ha merecido su nombre por la transformación casi instantánea que realiza en el pelo y en la barba, devolviéndoles el color natural si ha sido alterado, ó dándoles el color que se desee, y cuya mágica virtud borra como por encanto las señales, muchas veces harto precoces, de la vejez, es notable, sobre todo, por su completa inocuidad, no dejando la menor huella sobre la piel. Su uso es de los más sencillos.

Al AGUA DE LAS HADAS deben la conservacion de su juventud numerosas personas, cuya edad permanece mucho tiempo envuelta en las tinieblas del misterio.

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

#### ESPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1268.

*Vestido de faya de color de malva*, con un volante grande, de 35 centímetros de altura, puesto con cabeza debajo de un rulo de raso del mismo color del vestido. Cuerpo abierto en forma de corazon, orlado de un rizado de faya y de un rulo de raso. Mangas largas, semi-ajustadas y ribeteadas de un rizado igual al anterior, que sube hasta el codo.

*Traje de fular verde, con mil rayas verdes* de color más oscuro. Este traje se compone de una enagua ó guardapiés con volante muy alto (45 centímetros) plegado, y llevando por arriba dos rulos de fular verde liso y un rizado de fular rayado igual al del vestido. Túnica ó sobrefalda igual con volante plegado, estrecho, y tres rulos de fular verde liso: la túnica va recogida por cada lado bajo un lazo de cinta verde liso. Corpiño con aldetas hendidas y mangas anchas: el corpiño va guarnecido como la túnica.

#### CORRESPONDENCIA.

Madrid 4 de julio de 1870.

M. A. de T., Madrid.—El zapato bajo no es elegante para salir á la calle, y si se adoptará la botita bronceada, abotonada á un lado, ó la de satin francés.

Los perfumes son casi indispensables para la dama elegante y bella, pero siempre es preciso escoger los que puedan convenir á la edad y á la constitucion, más ó menos robusta, de la persona. Para las personas delicadas y nerviosas, como me indica, ningún perfume puede convenirle como las violetas de Italia.

A. H., Gijón.—El *fichú* puede hacerlo de crespon de China, con pliegues, puntas redondas y guarnecido con un ancho encaje blanco. El color, lila, blanco ó rosa bajo.

D. S., Logroño.—Las casacas ó gabanes de muselina están muy en boga, sobre todo para trajes de campo. El modelo más lindo es semi-ajustado, escote de corazon, recogida en los costados y guarnecida con un ancho encaje y cintas y lazos de terciopelo negro: manga Luis XIV. Si agrada más, en lugar de terciopelo negro puede ser verde ó violeta.

E. M., Utrera.—El traje de glase violeta estará muy elegante adornado con un volante ancho y dos entredoses de encaje negro. Túnica orlada con un ancho encaje negro, recogida á los lados con abrazaderas de pasamanería: corpiño de escote cuadrado por detrás y delante con aldetas redondas y sin mangas. Debajo otro corpiño alto, de tul negro con lunares y manga ancha abierta hasta el codo, guarnecida con un encaje ancho y un biés de raso de color de violeta.

R. H. de M., Granada.—El corse-faja es á propósito para las señoras gruesas, y no molesta. Me informaré de su precio y de si los hay en Madrid, y contestaré lo mas pronto posible: el corse sultana creo que tambien le seria útil; es cómodo y adelgaza extraordinariamente el talle: el precio puede contarse de seis duros en adelante.

A. A. y V., Bailén.—Imposible seria contestar con tanta brevedad como indica; pues muchas veces se reciben las cartas cuando ya está compuesto el número. Para vestido de lanilla blanco, deben ponerse bieses ó volantitos muy pequeños al borde de los de la tela del vestido: serán de medio glase, color castaño, color cereza, verde ó negro: en la segunda falda se repeti-

rá el mismo adorno, así como en el corpiño, con escote de corazon, y en las aldetas y mangas; si es para campo ó playa, hacer la falda rasante.

B. H., Alcoy.—Para jovencita, nada más lindo que un sombrero de paja de arroz, adornado con flores silvestres, con el ala levantada por los dos lados. Tambien puede adornarse con cintas del color del traje de viaje y una gran pluma. El adorno que indica seria demasiado recargado y quitaría al vestido toda elegancia y sencillez, tan necesarias en una jóven, y cuyas condiciones demuestran buen gusto.

G. A. de M., Habana.—Estoy complacidisima con su carta, por más que en ella me haga más favor que justicia: mi deseo de complacerla es ilimitado: ya encargué las flores, y saldrán próximamente de San Nazario; en la caja va la cuenta, y por el correo el resto del dinero que tenia en mi poder. El agua de belleza, llamada de la Emperatriz, es mejor que el cold-cream. Gracias por las amables frases que me dedica, y por su predileccion por LA MODA ELEGANTE.

B. R., Tarragona.—La Velutina es inapreciable, tanto por ser inofensiva para el cutis, cuanto porque es excelente para el calor: se usa en poca cantidad, y como si fuera polvo de arroz.

A. O., Granada.—Contestada por el correo directamente.

T. del B., Almuñecar.—Siendo de riguroso luto el traje, es imposible ponerle encajes; en su lugar, gasa negra es lo indispensable.

LA BARONESA DE WILSON.

#### RESCATE DE NIÑOS CHINOS.

Á DOÑA M. DE R.—ARÉVALO.

Celebráramos mucho fuese una realidad lo que á usted han indicado sobre sellos de Gorreos usados, y le agradeceríamos nos diese informes exactos sobre ello, porque desde luego procederíamos á reservar los muchos que diariamente recibimos, y los entregaríamos mensualmente á la sociedad ó persona que se encargara de hacerlos llegar á los heroicos misioneros de la China, ya que con mil de ellos pueden arrebatar á la barbarie y convertir al Cristianismo un sér desgraciado, haciéndolo feliz. Siendo esto exacto, hasta nos ocuparíamos de recomendar á nuestras suscriptoras y amigos el que nos enviasen los suyos.

#### SOLUCION DEL GEROGLÍFICO INSERTO EN EL NÚM. 23.

El asno que más trabaja, más rota tiene la albarda.

Las soluciones recibidas han sido de las señoras y señoritas D.<sup>a</sup> Casilda Martínez de Ramírez (Logroño).—D.<sup>a</sup> Enriqueta Raggio y Moreno (Málaga).—D.<sup>a</sup> Teresa del Barco (Almuñecar).—D.<sup>a</sup> María de los Dolores de Sainz y Roza (Bilbao).—D.<sup>a</sup> Amalia Viale de Puente (Sevilla).

A esta última señora contestaremos que la solución del geroglífico publicado en el núm. 16, es:

En una como ciudad,  
unos como caballeros  
sobre unos como caballos  
toreaban otros como ellos.

#### ADVERTENCIAS.

El figurin iluminado que acompaña al presente número, corresponde á las señoras suscriptoras de la segunda edicion.

El patrón corresponde igualmente á las que lo son á la tercera.

Un precioso figurin iluminado de niños, acompañará al próximo número.

Próximos á recibir de París una variada coleccion de dibujos de muebles, de los más elegantes y modernos que se fabrican en aquella capital, estamos preparando un suplemento á LA MODA, en el cual daremos cabida á los referidos dibujos, con su descripcion correspondiente, y á otros muchos que representan objetos para el servicio de mesa y utensilios de cocina.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA ILUSTRACION,  
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.

### ANUNCIOS DE ESPECIAL INTERÉS PARA LAS SEÑORAS.

**VELUTINA** CHARLES FAY. La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—La Velutina es adherente, impalpable y absolutamente invisible: así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja. La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en París.

**VICHY.** La compañía arrendataria del establecimiento termal de Vichy vende, además de las aguas de Vichy, todas las aguas minerales naturales conocidas. Sales para baños de Vichy, pastillas digestivas, chocolate fabricado en Vichy con las sales estraidas de las fuentes bajo la inspeccion del Estado. Administracion central: París, 22, boulevard Montmartre.—Depósito en las principales ciudades del mundo.

**LA ZARAGOZANA.** gran fábrica de chocolates mopecial, desde 4 á 20 rs. libra, 500 depósitos en Madrid. Recomendamos á las personas de buen gusto se sirvan probarlos, y se convencerán de la inquestionable superioridad de los chocolates que hoy ofrecemos al consumo. Madrid, barrio de Argüelles, calle de Fernandez de los Rios, núm. 11.—Se remiten á provincias.

**AGUA DE LA FLORIDA** para conservar y restablecer el color natural del cabello. MAS DE QUINCE AÑOS DE BUEN ÉXITO.—El agua de la Florida, compuesta del jugo de plantas exóticas y de sustancias cuyo uso benéfico está reconocido por la facultad de Medicina de París, no es una tintura (hecho que importa mucho consignar), puesto que la misma agua devuelve á cada cual el color primitivo de su cabellera. El uso del Agua de la Florida destruye además la caspa, hace crecer el cabello é impide su caída.—Precio de la botella: 10 francos.

#### ACEITE DE LA FLORIDA.

Este aceite, compuesto de sustancias vegetales exóticas, contribuye poderosamente con el Agua de la Florida, á la consistencia, hermosura y conservacion del cabello.—Precio de la botella: 5 francos.

En casa de Guislain y Compañía, calle de Richelieu, 112. París.

Hay que desconfiar de las falsificaciones.

**UNGÜENTO Y PÍLDORAS HOLLOWAY.**—Estos remedios son los más eficaces del mundo contra los males de piernas, las heridas antiguas, etc. Si se emplean conforme á las instrucciones impresas de que van acompañados cada bote y caja, no hay herida, ni mal de pierna por larga que haya sido su duracion, que no ceda á sus propiedades sanativas y curativas. Innumerables personas que habian seguido las indicaciones de eminentes facultativos, sin reportar de ello el más mínimo bien, se han visto curadas completamente con el uso del Ungüento y las Píldoras Holloway. En los casos de inflamacion de las glándu-

las, tumores, escorbuto ó afecciones cutáneas, no hay medicina á que pueda acudir con tanto provecho como á estas preparaciones, las cuales, á la verdad, usadas simultáneamente, son irresistibles aun en cuantas enfermedades dependen de la condicion de la sangre.

**EAU DES FÉES,** Tintura progresiva de LAS HADAS, para los cabellos y la barba. Nada hay que temer al emplear esta agua maravillosa, de la cual se ha hecho propagadora Mme. Sarah Félix.—Depósito general: en París, 43, rue Richer.

Depósito en los establecimientos de los principales PELUQUEROS Y PERFUMISTAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA.

**COFRECHITO BELLEZA** á 250 francos.—BLANCO DE PA-ROS, á 10 francos.—ROSA DE CHIPRE, á 20 francos.—En la Oficina Higiénica, 17, calle de la Paz, primer piso: París.

**LA BENEDICTINA,** LICOR FAVORITO DE LAS DAMAS, dulce, suave, de un gusto esquisito, aperitivo y digestivo, preserva de toda clase de epidemias. Depósito en París, 19, rue Vivienne, y en las principales ciudades de España y Ultramar.

**MÁQUINAS** PARA COSER, á dos hilos: 25 y 50 francos: garantizadas por un año: 20 medallas en las Exposiciones. Journaux-Leblond, 21, quai Napoleon. París.